

Lealtades disfrazadas de argumentos

CATALINA
URIBE



CUANDO ÁLVARO URIBE DIFAMÓ A Daniel Samper Ospina al llamarlo violador de niños, varios de sus seguidores salieron a defenderlo. El debate se desvió hacia la discusión de si el humor de Samper es o no el apropiado, o de si los periodistas persiguen o no a Uribe como si se tratara de un concurso al más ultrajado. Solo unos pocos abordaron directamente el tema en cuestión: un periodista fue acusado por un senador y expresidente de violar niños.

Los pocos que fueron al quid del asunto de-

fendieron a su líder afirmando que el expresidente “estaba haciendo referencia a la violación de la intimidad que ha hecho el humorista a la hija de Paloma Valencia”, o incluso sacaron el diccionario y explicaron que violar también significa “tratar mal de palabra a alguien para humillarlo”. Es claro, sin embargo, que el conjunto de palabras “violador de niños” solo significa una cosa en esa unión y en ese orden: abusador sexual de menores de edad. No se puede desmembrar una frase como si el sentido dado por el uso no tuviera tras de sí todo el peso del lenguaje.

Es tan evidente el significado de “violador de niños”, que lo único que queda por discutir es el sentido y valor de la lealtad de quienes incluso insisten en refundar el idioma para proteger a su señor. Vale la pena recordar

que, entre muchas otras cosas, lo que permitió perpetuar el conflicto armado, y sigue alimentando el narcotráfico, es una cultura de clanes, apadrinamientos, y carteles de mando que tienen como único valor la lealtad.

Pero la lealtad incondicionada es un valor de otro tiempo. Ser honesto, sensato y moderado es quizá menos heroico pero más valioso para el mundo de hoy. Lo que evidenció el comportamiento de los seguidores de Uribe es que andamos enfrascados en un mundo premoderno dispuesto a desechar lo razonable por la convicción, a pretender autonomía mientras se comisiona el propio pensamiento, y a mostrar que la obediencia tiene más valor que la independencia. La militancia medieval produce algo de nostalgia, pero sacada de su época se hace grotesca.

JOSÉ
FERNANDO
ISAZA



LA APROPIACIÓN DE LOS BIENES sociales por parte de pocos se hace en dos modalidades, la ilegal y la legal. La primera es la corrupción, y los Estados han desarrollado mecanismos con diferentes grados de eficiencia para controlarla. En cuanto a la segunda modalidad, que desde el punto de vista económico puede ser más nociva, es casi imposible luchar contra ella, por ser legal. Quienes han capturado al Estado logran que se expidan leyes para su beneficio y así evitar el riesgo penal. En sociedades permisivas, la sanción moral no se da.

Algunos ejemplos locales ilustran lo anterior. Supongamos que se está discutiendo una reforma tributaria y se aparece un lobista en el Congreso con maletines llenos de efectivo para repartirlos a los congresistas, aclarándoles que no es para orientar el voto a favor de su representante. La indignación no se hace esperar y muy posiblemente habrá sanciones penales por este abuso. Pero si reparte la plata antes de las elecciones, para ayudar a la financiación de las campañas, no viola ninguna ley y el aportante tendrá una rebaja en los impuestos por los recursos donados. Además se presenta como un ciudadano que ayuda a preservar la democracia. Debe existir alguna diferencia entre las dos acciones, pero no es evidente cuál es.

El carrusel de las pensiones en las altas cortes, que permite que una persona allegada a los juristas pueda acceder, con una “paloma” de algunos meses, a unas pensiones que superaban en su momento los \$20 millones, habiendo aportado sobre salarios de \$4 millones o \$5 millones, le cuesta al fisco, es decir, a toda la sociedad, cerca de \$4.000 millones para fondar el flujo futuro de cada beneficio. Esto no era ilegal pues lo hacían quienes interpretaban las leyes, pero su impacto sobre el bienestar es igual, por cada caso, a un raponazo por corrupción de \$4.000 millones, además de la pérdida de confianza en un sector fundamental para la democracia, la justicia. Este asalto al fisco se ha logrado reducir gracias a la posición de la Corte Constitucional y a pesar de la oposición del anterior procurador.

Parece que los regalos pensionales son un buen sistema para favorecer amigos o allegados por cuenta de terceros. En el Congreso abundan estos casos. La Constitución de 1991 prohibió las suplencias de los congresistas, sin embargo, como diría el Chapulín Colorado, “no contaban con mi astucia”. En poco tiempo el Congreso modificó la Constitución y volvió a las suplencias, pero para que no fuera tan obvio que legislaban en beneficio propio, cambiaron las suplencias horizontales de la Constitución anterior por verticales.

Puede darse el siguiente caso, real o hipotético. Un senador agradecido con un ejecutivo de sus empresas decide darle un generoso bono, pero no por cuenta propia, sino a cargo de los contribuyentes. Para esto lo inscribe en su lista y durante la legislatura solicita una licencia por 45 días; lo reemplaza su “suplente” vertical, quien está apunto de tener la jubilación con el tope legal, pero por la “paloma” logra la pensión de congresista, más de \$25 millones. Realmente hay patrones generosos con los recursos de otros.

Los cambios en el uso del suelo, las medidas restrictivas a la competencia, etc., son ejemplos que muestran cómo las generosas financiaciones de las campañas políticas generan rendimientos que superan el de cualquier actividad legítima. Esto no es necesariamente ilegal, pero es a todas luces inmoral.

Osuna



20 de julio

Desarmar las palabras

YOLANDA
RUIZ



ASÍ COMO EN LA GUERRA CADA BANDO arma un discurso para poder justificar sus muertos y sus barbaries, también en el debate de agresiones cada quien encuentra una manera de justificar su calumnia o su amenaza. El senador Álvaro Uribe lo demuestra una vez más pues, lejos de retractarse, confirma su agresión contra el periodista Daniel Samper Ospina, a pesar de todo el rechazo que generó en el país. No es fácil desarmar las palabras ni reconocer errores porque en la política colombiana el lenguaje del odio se impuso y ganan más puntos quienes más agreden.

Esto viene de tiempo atrás y, lejos de mejorar, hemos venido de mal en peor porque el debate público que estaba cargado de epítetos y adjetivos para descalificar terminó tomado por las injurias, las calumnias y las amenazas. Y no se trata solo del expresidente que conquista adeptos con su estilo pendenciero de “le doy en la cara, marica”, es que dirigentes políticos de todos los sectores descubrieron que en la agresividad es-

tán los puntos de las encuestas.

Asoman ya sus orejas un par de lobos aulladores que desde sus precandidaturas presidenciales gritan, agreden y mienten porque eso en Colombia da mucho más éxito político que las ideas o los argumentos. Por alguna razón extraña que deberían ayudarnos a entender los sociólogos y demás académicos, pareciera gustarnos el liderazgo tipo matoncito de esquina. Ese que no respeta normas, que se pasa por la faja las leyes y que tiene el insulto a flor de labios. No nos debe extrañar entonces que luego aparezca en las estadísticas de Medicina Legal que una de las principales causas de muerte en Colombia es la intolerancia. Nos matamos literalmente por una empanada o por el precio de una carrera de taxi.

Que no sorprenda, porque esa misma agresividad es la que premiamos en los escenarios públicos en donde todos los días hay una batalla campal. Si bien es cierto, como dicen muchos, que es mejor darnos duro a punta de insultos que darnos bala, el debate de palabras tiene límites. No todo vale. La calumnia no se puede instalar como parte del debate público, ni las injurias o las amenazas. Hoy desde las redes sociales y hasta desde columnas de opinión se invita a matar, se amenaza y se acusa impunemente a los con-

teadores de todo tipo de delitos sin que se vean las pruebas ni la justicia actúe. Lo de “violador de niños” es un punto de quiebre, pero no es la única calumnia que se ha escuchado en el debate público en Colombia.

Es momento también para que los periodistas reflexionemos un poco sobre el tipo de debate que estamos promoviendo. Nada tan mediático como un buen gallo de pelea que se sacude, grita, insulta y miente, si es necesario. Eso le da picante a los titulares que se quieren mover en redes sociales. Nos han descubierto la debilidad esos políticos que saben que nos tiran una estadística sacada de ninguna parte, una frase insultante y la noticia quedó armada. Viene luego picarle la lengua a la contraparte para que la pelea siga, armar debates calientes con analistas que sean tan o más agresivos que los protagonistas y poco nos preguntamos si el origen de la batalla del día es una noticia falsa. Al final, esa búsqueda de la verdad que es nuestra razón de ser se queda pendiente muchas veces por ir detrás del rating y la suma de clics.

El deterioro del debate público va más allá de un expresidente que hizo de la agresión un estilo exitoso. Esas maneras hacen carrera y también está en nuestras manos ayudar a frenarlas para que no nos sorprenda que un día nos ataque el monstruo que ayudamos a alimentar.